



29 de agosto de 1881

La oración

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Creo que sería bueno hablar antes del retiro de lo que es no sólo la fuerza del retiro, sino también la fuerza de toda la vida: el gran medio de la oración.

Los santos han tenido caracteres diversos: unos han sido más austeros, otros más contemplativos, algunos más dados a las obras de celo. Otros llevaron una vida casi ordinaria, como san Vicente de Paúl y san Francisco de Sales, de quien santa Juana de Chantal decía que tenía un apetito saboyano, y que comía bien y sin misterio. Pero todos ellos se parecían en una cosa: eran grandes devotos de la oración y le dedicaban mucho tiempo.

Miraras al santo que miraras, era un hombre de oración, o una mujer cuya vida transcurría en la oración; era un estado de unión con Dios y una vida en la que la presencia de Dios era el telón de fondo. Esta es la gran enseñanza. En los primeros tiempos de la Iglesia, y a lo largo de los siglos, mártires, confesores y vírgenes han dedicado un tiempo extraordinario a la oración. Incluso uno se pregunta cómo algunos de ellos, cargados de tanto trabajo, como san Agustín, por ejemplo, se las arreglaban para dedicar tantas horas a la oración. Diría también que trabajaban rezando y que, en sus ocupaciones, nunca dejaban de estar en presencia de Dios.

Nosotras, pobres criaturas, no siempre podemos estar así de atentas a Dios. San Francisco de Sales, con toda su sabiduría, dice que ésta es una gracia que se obtiene con la oración y poniéndose a menudo ante Dios. Pero hay que trabajar en ello durante mucho tiempo, e incluso con esta perseverancia, no siempre se consigue tener esta presencia continua de Dios.

Creo que ya os he contado la historia de este gran siervo de Dios, que, para consolarme de las penas de las distracciones, me contó lo mucho que le costaba mantenerse en la presencia de Dios. En cuanto tenía una distracción en la oración, ponía los brazos en cruz. Un día puso los brazos en cruz ¡treinta o cuarenta veces durante una hora de oración! Así se distraía bastante, pues tenía que renovar su atención cada dos minutos. Pero ¡qué fidelidad, qué esfuerzo para volver a ella, y cómo anhelaba este don de la presencia de Dios! No me cabe duda de que desde entonces lo ha obtenido.

Para llegar a un gran espíritu de oración, creo que es necesario considerar dos cosas: lo que vosotras sois, y lo que es Dios, lo que es Jesucristo. Primero, lo que sois vosotras. Lo que falta a la mayoría de las criaturas es una idea suficientemente humilde de sí mismas. Se tiene que estar penetrada, convencida de su impotencia, de su pobreza, de su miseria, reconocer que sin la ayuda de Dios no se puede hacer nada, y pedir esa ayuda, porque por sí misma no se es capaz de nada. Esta es la esencia de la oración, la esencia de la santidad.

No hay santo que no sea hombre de oración, ni santo que no sea humilde: estas dos cosas están unidas y no se pueden separar. Se tiene que sentir profundamente que no se puede hacer nada, que no se vale nada, que no se tiene nada. Se dice pronto: «Sé muy bien que no puedo hacer nada, que no valgo nada». Pero no hay mucha gente que sea profundamente consciente de su miseria y de su nada.

No tener confianza en una misma, estar desprovista de toda autoestima, no hacerse valer, no tener descanso, ni apoyo, ni apego a una misma, es un gran avance en la virtud y en el espíritu de oración.

La manera de reconocer dónde estamos en este punto es examinar hasta qué punto utilizamos el *yo* o el *mí*. «Yo soy así, yo pienso así, yo actúo de esta manera, etc.», cada vez que se produce el *yo*, es señal de que hay cierto apego, estima y confianza en una misma, y de que no se ha construido su edificio interior sobre esto: *yo* no puedo hacer nada, *yo* no valgo nada, *yo* no sé nada, caso en el que el *yo* es completamente legítimo.

Pero al mismo tiempo que somos esto, como consecuencia del pecado y de las miserias inherentes a nuestra naturaleza, llevamos en nosotras dones maravillosos, dones de Dios y dones de su gracia. Quiero deciros enseguida cómo es (pues el número de pecadores es inmenso) que Dios quiere depositar sus dones en criaturas rebeldes. Es porque *Dios es un bien infinito que quiere difundirse*. Es una bondad infinita, cuya naturaleza es comunicarse a las criaturas que ha hecho existir. Este amor explica, después de la creación, la gracia de la Encarnación, la de la Redención, la Iglesia, los dones que hay en la Iglesia y que se derraman en nuestras almas, los sacramentos: el bautismo que nos hace hijos de Dios, la penitencia que nos purifica, la santa Eucaristía que alimenta nuestras almas, la confirmación que nos da el Espíritu Santo.

Notad que ninguno de estos dones se concede al alma sin la oración. La Iglesia reza a su Esposo omnipotente cuando administra los sacramentos. Ella, que todo lo puede en el corazón de su Esposo, reza cuando bautiza al niño que todavía no puede rezar con ella. Después, no podemos recibir dignamente los sacramentos sin unir nuestra oración a la de la Iglesia. Dios lo ha querido así para que comprendamos que estos dones maravillosos, que están en el corazón del alma cristiana, se conceden a través de la oración.

Todos los dones que hemos recibido, y todos los que necesitamos añadir, han de venir a través de nuestra oración unida a la oración de la Iglesia. Todo lo que necesitamos para resistir a la tentación, para santificar nuestras almas, nos lo obtendrá nuestra oración unida a la oración de la Iglesia. Podemos decir esto, sin duda, por la misma razón que os he dado en la definición de la Escuela: *Dios es un bien infinito que quiere difundirse*.

No sólo es su bien darse, sino que es su ser. Se difunde como el sol difunde su luz. ¿Acaso el sol no puede calentarse y difundir su luz y su calor? Dios se da y se difunde sin perder nada de lo que da, sin empobrecerse nunca. En su infinita sabiduría, sólo ha puesto una condición para concedernos sus dones. Que se los pidamos. ¿Debemos ser criaturas estúpidas si, cuando ya no hay nada que hacer, no pedimos el bien que tanto necesitamos? Todo se nos puede conceder, siempre que recemos.

Lo que os digo aquí se construye sobre la definición: porque *Dios es un bien infinito*, nunca se empobrecerá dando; porque *quiere derramarse*, forma parte de su ser darse y es su alegría darse tanto como sea posible. Que cada uno de vosotras se presente ante Dios, como si estuviera solo para pedir estos bienes que no conocen límites, estos bienes que Él nos da por medio de su Iglesia. Él espera las oraciones de nuestros labios y las súplicas de nuestros corazones para concedérmolos.

¿Cuál es el trabajo del retiro, hermanas mías? Es ciertamente escuchar la palabra de Dios, reflexionar sobre las verdades, pero sobre todo es orar. El trabajo del retiro consiste en que, al escuchar la palabra de Dios, pidáis que se imprima en vuestra alma y dé fruto.

Rezad en todas partes, en un lugar o en otro, para que vuestra oración no se interrumpa. Ya sabéis cuántas veces lo recomienda el Señor en el Evangelio.

La oración no es sólo súplica, adoración y acción de gracias. Todo acto de amor, de alabanza y de glorificación es una oración. Cuando amamos a Dios, como dice san Francisco de Sales, con amor de benevolencia, queremos que sea adorado y glorificado. Como San Agustín, diríamos de buena gana: *Ah, cómo me gustaría ser Dios y que tú fueras Agustín, para poder hacer que tú fueras Dios y yo ya no fuera más que Agustín.* Es un deseo imposible, porque si hubiera sido Dios, no habría podido convertirse en Agustín. Pero, por exceso de amor, habría querido tener el infinito para dárselo a Dios. Este es el amor de benevolencia.

Es imposible amar a Dios y trabajar para glorificarlo sin que Dios se complazca en derramarse en el alma. Por eso San Ignacio, que buscaba siempre *la mayor gloria de Dios*, que tenía siempre los ojos fijos en el cielo y que hubiera querido elevar toda la tierra hasta el cielo, estaba muy movido por el amor a la glorificación. Decía que prefería vivir en la tierra, inseguro de su salvación, para llevar a una sola alma a amar y glorificar a Dios, que entrar enseguida en la bienaventuranza eterna. Para él, la gloria de Dios era su principal preocupación, la salvación venía después. Pero comprenderéis bien que, por el hecho mismo de que prefería la gloria de Dios a todo lo demás, se encontraba en un estado de amor perfecto que aseguraba su salvación.

Así pues, veis que no es tan difícil rezar continuamente; lo que os alejaría de la oración sería el apego a vosotras mismas o a las criaturas. Rezáis cada vez que glorificáis a Dios, cada vez que le dais gracias; y podéis hacerlo incluso realizando las acciones más cotidianas. Cuando coméis, por ejemplo, haced como san Vicente de Paúl, de quien se dice que se levantaba de la mesa con lágrimas en los ojos: *Dios me alimenta* —decía— *y yo hago tan poco por su servicio.* El espíritu de acción de gracias estaba en él, y daba gracias a Dios por todo lo que recibía. Conocí a una joven que entró como hermana conversa en una comunidad de Lorena: no es una santa, no creo que llegue a ser canonizada. Pero era un alma agradecida a Dios que, desde su infancia, se había acostumbrado a responder «Gracias, Dios mío» cada vez que sus padres le daban la más mínima cosa. He aquí el espíritu de acción de gracias.

Oramos también por el conocimiento de nuestra bajeza, de nuestra nada, de nuestra debilidad, y basta un poco de sentido común para reconocerlo. Esto nos hace sentir la necesidad que tenemos de la ayuda de Dios, de la ayuda de Dios que la Iglesia nos hace invocar con el *Dios mío, ven en mi ayuda*¹, que tan a menudo pone en nuestros labios.

Por lo tanto, no es tan difícil como se cree estar siempre en espíritu de oración. Esto no significa que siempre podamos tener la gracia sensible de la presencia de Dios. La fe nos enseña que estamos en Dios, como la esponja está en el mar. Vivimos en él, respiramos en él; pero esta presencia de Dios en nosotras escapa a nuestros sentidos. Hay personas, y yo soy una de ellas, que desearían estar tan imbuidas de Dios que la gloria y la presencia de Dios fueran sensibles para el alma. Es una gracia que Dios concede en algunos momentos y luego retira; a veces la da al principio, a veces más tarde.

Trabajar refiriendo a la gloria de Dios todo lo que hacemos, recibir todo dando gracias a Dios, usar las cosas de la tierra bajo su dependencia, no hacer ninguna acción más que en la medida en que Él nos lo permite, mantenernos absolutamente bajo la mano de Dios, es la forma de orar continuamente. Por nuestra condición, siempre estamos en dependencia de Dios. Nos levantamos cuando nos llama la campana, o a la hora que se nos ha fijado. Rezamos a la hora y en el tiempo que se nos ha marcado. Hablamos, trabajamos, comemos, como Dios quiere, en la medida que Él quiere, y tomamos lo que

¹ *Deus in adiutorium meum intende* : invocación al inicio del oficio.

Él nos da. Si tenemos que vigilar estudios, clases o un trabajo, siempre estamos en dependencia. Si, al actuar así exteriormente según la Regla, lo hacemos interiormente para cumplir la voluntad de Dios, nuestra alma se encuentra en una oración habitual que la dispone a recibir los dones de Dios.

Siempre le decimos a Dios: «¡Qué feliz soy de hacer tu voluntad! No me importa vivir o morir, siempre y cuando haga tu voluntad. Como te plazca y cuando te plazca, lo que quieras y como quieras».

Sobre todo, valoremos el tiempo de oración que pasamos en la capilla y tratemos de emplearlo bien. Si nos distraemos, tratemos de apartar la distracción. Si la oración es fácil, tratemos de unir nuestra alma a Dios mediante la adoración y la súplica. Es sobre todo durante el gran misterio, el sacrificio de la misa, cuando debemos mantener nuestra alma unida a Jesucristo sufriente y a todos los santos que han ofrecido este santo sacrificio. Esta es la intención de la Iglesia, ya que invoca a todos los santos, mártires y vírgenes mencionados en el canon, y nos invita a cantar con los ángeles: Santo, Santo, Santo.

Luego, cuando estamos en la vida activa, en nuestras ocupaciones, procuremos que el espíritu de oración anime nuestras obras. No vivamos en nosotros mismos; no busquemos dónde hemos llegado, qué piensan de nosotros, qué estima se tiene de nosotros. Eso es lo que nos aleja del espíritu de oración.

Tampoco utilicemos las criaturas, las cosas que nos importaban, de manera que nos distraigan de Dios. Unos se aferran al lugar en el que han vivido, porque allí han recibido gracias y consuelos. Otros se aferran a una persona que ha sido objeto de ayuda y apoyo. Otras, a hijos que son amables, etc. Somos como pegamento: siempre podemos apegarnos a algo. Esta es una de las razones por las que Dios permite la persecución, el exilio, la expulsión. Habíamos encontrado descanso en algo, y solo debemos encontrarlo en Él. Habíamos encontrado apoyo en algo, y solo debemos encontrarlo en Dios.

Habías contado con tal confesor, con tal ayuda espiritual, con tal superiora: pues bien, la muerte está ahí, el alejamiento está ahí. Tendrás que ir lejos, porque es lejos donde encontrarás a Dios.

Él quiere que sepamos que es el único objeto de nuestra alma; quiere que tengamos en él una confianza por encima de toda confianza, un descanso por encima de todo descanso.

No os he dicho nada de la Santísima Virgen al hablaros de la oración. Sabéis que se la ha llamado la *omnipotencia suplicante*. Como durante su existencia la oración era su vida porque es una criatura, en el cielo sigue siendo una *omnipotencia suplicante*. No le decimos que tenga piedad de nosotras, sino que rece por nosotras, aunque es bastante poderosa sobre su divino Hijo para obtener todo de él. Pero pide para que seamos escuchadas. Tenemos que recurrir a esta *omnipotencia suplicante*. Dios nos ha concedido este bien de tener en el cielo una madre solícita por nosotros. Se complace en las oraciones de sus hijos. Vemos en algunas leyendas que, cuando alguno de sus servidores omite las oraciones que normalmente le dirigía, le reprochaba haber dejado de honrarla. Amémosle y contemos con ella.

Así el alma diversifica sus esfuerzos: a veces se dirige a Dios para adorarlo, amarlo, glorificarlo en nombre y por los méritos de Jesucristo, se une a él. Suplica a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos que vengan en su ayuda. Por esto, de un sentimiento a otro, por el amor de adoración, de súplica, de benevolencia, de acción de gracias, de glorificación y por todo lo que puede producir, el ama termina por no alejarse a menudo de Dios, imitando en esto a Jesucristo, cuya vida ha sido una oración continua. Desde que entró en el mundo dijo: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad*. Es la oración que se

os ha propuesto para decir cada día al levantarse, en unión con el Salvador, para adorar a Dios y poner os en su presencia. Comenzad así cada mañana esta vida de unión que terminaréis cada noche, al dormiros, porque suspendéis, en el sueño, el uso de vuestra razón.

Si vuestra vida pasa así, si cada noche os dormís así, qué bonito será el despertar cuando, habiéndoo dormido una última vez en la oración y en el amor de Dios, os despertéis en el cielo, para dorarle eternamente, y eternamente conocer que no siendo nada por vosotras mismas, Dios os ha hecho grandes dones y se ha dignado coronar todos sus dones, dándose él mismo, para se vuestro todo en la eternidad.